



aragón en
bicicleta

LA FICHA:

Morata de Jalón se encuentra a 60 kilómetros de Zaragoza. Desde allí, el itinerario descrito abarca unos 28 kilómetros hasta el pequeño puerto situado entre Embid y Huérmeda, lo cual, sumando el trayecto de vuelta, completa un total de 56 kms. Todo el recorrido se realiza a través de una carretera muy tranquila, salvo un par de kilómetros entre Morés y Sabiñán que registran más tráfico, pero disponen de arcén. Es un terreno ligeramente ondulado, sin grandes desniveles, muy cómodo para pedalear.

Contacta con nosotros en:
enbici@aragonrutas.com

Texto y fotos:
MIGUEL MENA

los secretos del ja lón



Por belleza y por tranquilidad, merece la pena recorrer este tramo del río y se puede hacer cómodamente en bicicleta. Morata de Jalón es un buen punto de partida. En el mismo centro del pueblo, poco después de pasar el imponente palacio de los Condes de Argillo, Monumento Nacional ignorado por sus propietarios y por el que tanto luchan los vecinos para salvarlo de la ruina, arranca una estrecha carretera que pasa junto a la gran planta de producción de cemento que es la cara y la cruz de Morata: la cara porque proporciona empleo y fija población, la cruz porque afea el entorno y extiende a su alrededor una capa de polvillo gris que se posa sobre las hojas de los árboles. Pero muy pronto se olvida el perfil industrial, porque a poco más de dos kilómetros de allí nos encontramos con uno de esos rincones que por sí solos justifican el viaje. Es el momento en el que se produce un encuentro que marcará todo este recorrido, el momento en el que coinciden la carretera, el río y la vía del ferrocarril, uno de los muchos estrechos del valle donde el agua, el hierro y el asfalto han de convivir a la fuerza. Además, este primer encuentro tiene un par de valores añadidos: los restos de una gran noria que aprovechaba un canal lateral y el impresionante espolón del monte donde siguen en pie las ruinas de Villanueva de Jalón, en realidad "villamuerta", el único pueblo deshabitado de este contorno, del cual siguen en pie varias casas, parte de la iglesia y, en lo más alto, los restos de una torre de vigilancia desde donde se domina perfectamente toda la revuelta del río.



Las vías del ferrocarril son compañeras de viaje del ciclista en todo este recorrido por las Hoces del Jalón.

Debajo: los afamados frutales del Jalón componen un jardín multicolor a lo largo del camino.

Con motivo del centenario de Ramón J. Sender, el director de cine Francesc Betriu comentaba en una entrevista radiofónica la casualidad que le había llevado a descubrir uno de los lugares donde se rodó "Requiem por un campesino español": "En un viaje entre Madrid y Barcelona, el tren se detuvo unos minutos a la altura de Embid de la Ribera y me fascinó aquel rincón. En ese momento decidí que la película tenía que hacerse allí". Esa casualidad viajera convirtió a este pueblo, actualmente pedanía de Calatayud, a convertirse durante algunos días en el plató donde un jovencísimo Antonio Banderas daba sus primeros pasos cinematográficos junto a veteranos actores como Fernando Fernán Gómez y Antonio Ferrandis, y también junto a José Antonio Labordeta, que intervenía en un pequeño papel.

Lo que experimentó Betriu nos ha pasado a muchos, probablemente miles de viajeros que descubrimos ese paisaje escondido del Jalón gracias a los requiebros que por allí hace la vía del tren, un placer que ahora quedará reservado a quienes viajen en trenes regionales o de mercancías, puesto que la nueva línea de Alta Velocidad discurre un poco más alta y a través de largos túneles que esquivan bajo la tierra el tortuoso itinerario que ha labrado el río Jalón a cielo abierto.



Conmueve, como todos los pueblos abandonados, y además extraña, porque al menos por aquí la despoblación no ha sido tan extrema como en otros puntos de Aragón. La mayoría de los pueblos se han salvado gracias a la fertilidad que aporta el río. Pero Villanueva no sobrevivió y queda ahí, vigilándote cuando le das la espalda para seguir el trayecto hacia Purroy.

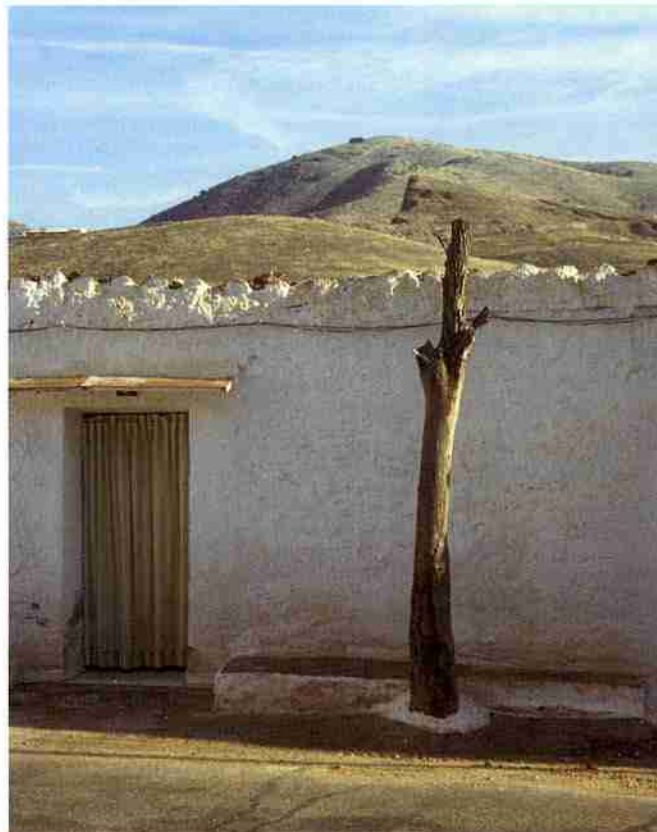
Lo que le pasó a Betriú con Embid muy bien podría haberle pasado con este otro pueblo si el azar hubiera querido que su tren se detuviera aquí, porque Purroy tiene una bonita estampa visto desde la vía del tren, con la iglesia en lo alto y sus casas apiñadas sobre un pequeño monte. En Purroy quedan pocas personas que vivan durante todo el año, pero en una pared se observa un gran mural con un árbol, una montaña y un texto esperanzador que tiene algo de desafío al tiempo y al olvido: "Purroy, todo un pueblo", se lee junto a la firma de la Asociación Sociocultural Amigos de Purroy.

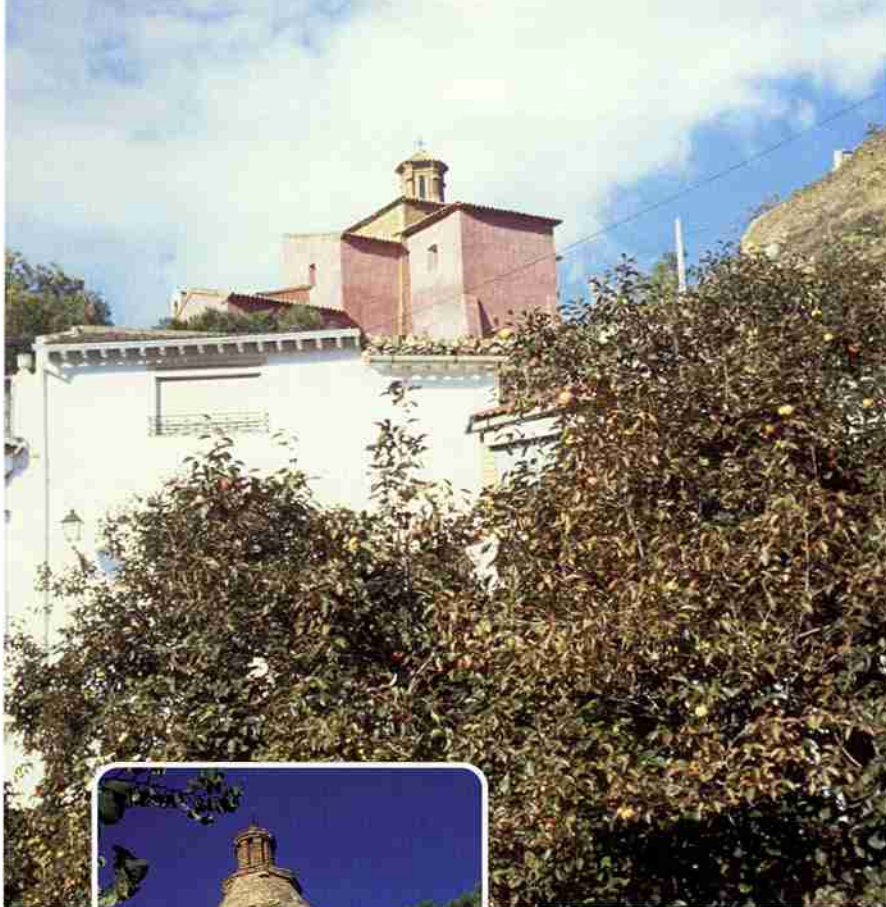
Desde allí la carretera desciende suavemente hasta Morés, localidad asentada sobre la carretera que lleva hacia el próspero valle del Aranda, donde la producción de zapatos ha convertido a Illueca y Brea en dos islotes industriales que despuntan en un entorno agrícola. Pero el ciclista tuerce en sentido contrario para seguir remontando en paralelo al río, camino de Saviñán/Sabiñán. El pueblo del conflicto ortográfico. Aunque en los carteles indicadores suele aparecer con "v", la mayoría de ellos están retocados por esprays reivindicativos que reclaman la "b" como verdadera esencia nominal de la localidad. La "v" de los viveros que se suceden a lo largo de la población, la "b" de todo lo bueno que ofrece su huerta, como se puede imaginar viendo el número de almacenes de frutas y verduras que jalonan el paso de la carretera.

Más o menos a la mitad de ese tránsito se halla la iglesia de San Miguel, y delante de ella una fuente con un cartel que advierte de su condición de "fuente pública con agua no tratada", una manera fina de constatar que al manantial que fluye por allí no le han puesto una gota de cloro. Eso puede disuadir a los más escrupulosos, pero no

Valles y montes se suceden según avanzan los kilómetros.

Debajo: una de las muchas construcciones tradicionales que jalonan estos pequeños pueblos.





El caserío de Embid surge tras una curva impresionando al viajero.

La iglesia de San Miguel, más conocida como de la "Señoría", es uno de los exponentes mudéjares que atesora Sabiñán.

arredra a muchos vecinos que aprecian otras virtudes, como la mujer mayor que se detiene junto a mí, saca un par de garrafas de su carrito de la compra y empieza a llenarlas mientras me explica por qué prefiere ese agua a la que sale por el grifo de su casa:

-Ésta sabe mejor y también es más buena para hacer la comida.

Desde Sabiñán la carretera se encamina hacia Paracuellos de la Ribera. Antes lo hacía atravesando la vía del ferrocarril por un puente minúsculo, pero con el nuevo siglo construyeron una variante cuya anchura contrasta vivamente con el resto de la carretera. Son sólo unos centenares de metros; después volvemos a las estrecheces, a la modesta lengua de asfalto que deja árboles frutales a izquierda y derecha, y al fondo, sencillo y apacible, el casco urbano de Paracuellos. Me viene a la memoria un alcalde de este pueblo que murió al volcar su tractor y caerle encima. En Aragón mueren cada año varias personas en las mismas circunstancias, y otro tanto sucede en el resto de España. El caso del alcalde de Paracuellos ocupó más espacio en los informativos por razón de su cargo y porque sufrió el accidente cuando realizaba trabajos relacionados con la construcción de la línea del AVE, pero lo habitual es que todas esas muertes sucedidas en tareas agrícolas ocupen un mínimo espacio en los periódicos, aunque si hiciéramos un balance anual la suma de todas ellas nos daría la verdadera dimensión del problema: demasiados accidentes trágicos en proporción

con el número de personas que se dedican al campo, una actividad que, además, no está considerada peligrosa. Las apariencias engañan.

Después de Paracuellos el horizonte vuelve a estrecharse, las montañas de alrededor ganan altura y el valle queda reducido al exiguo espacio para el río, la carretera y la vía del ferrocarril convencional, que entra y sale de los montes como un gusano lo haría a través de una manzana. Así se llega hasta Embid de la Ribera, el pueblo que nos ha hechizado a tantos al descubrirlo desde el ferrocarril.



Las judías, secadas al sol, son una de las cosechas que el Jalón regalaba a sus habitantes.



Las casas trepan por la ladera del monte, casi todas ellas encaladas, destacando en lo alto el color rojizo de su iglesia parroquial. Cuando subo por una de sus calles, me tropiezo con dos hombres que extienden al sol un buen puñado de judías "pochas". Lo que daría uno por verlas salir de la cazuela. Me detengo a charlar con ellos, me hablan con orgullo de su pueblo y, aunque quedan pocos vecinos durante todo el año, se les ve alegres de vivir allí.

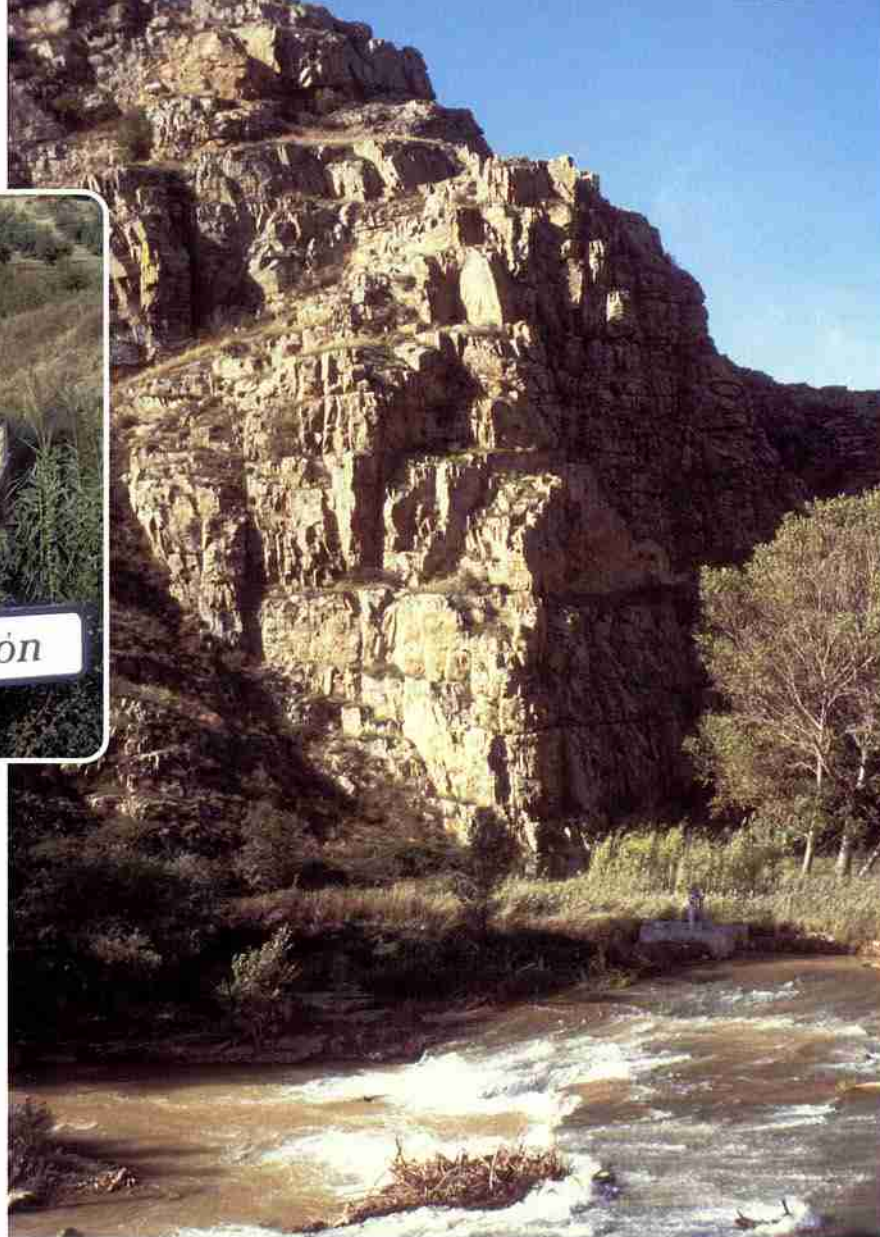
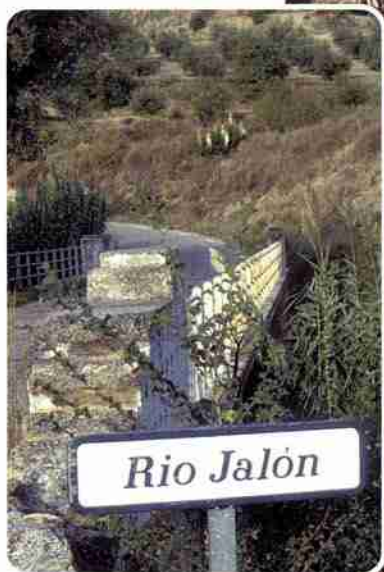
Es inevitable recordar aquellos días de los primeros años ochenta en que convivieron con las gentes del cine. Se acuerdan más de Antonio Ferrandis que de Antonio Banderas, algo inevitable porque en aquellas fechas el primero era el famosísimo "Chanquete" de la tele y el segundo sólo un chaval que daba sus primeros pasos en el cine, y recuerdan sobre todo a Fernando Fernán Gómez, cuya fama de mal genio llega hasta estos rincones:

-A veces bajaba a echar una partida al bar y si perdía se enfadaba mucho.

Quizá sea verdad o quizá sólo sea una de esas anécdotas construidas sobre recuerdos difusos, que se levantan sobre los tópicos que rodean al personaje. No importa. Lo importante es que en la pequeña historia de Embid queda para siempre el recuerdo de esos grandes actores.

Al dejar atrás este pequeño pueblo nos internamos en el tramo más sobrecogedor de este recorrido: el paso más tortuoso del Jalón a través de las montañas, las estrechas hoces del río, curvas y requiebros bajo unos impresionantes paredones de roca. Aquí la montaña es pura piedra cuarteada, surcada por millones de grietas y teñida de un ligero color verdoso. Es como si la piel del monte, al sufrir los rigores del clima, se llenara de arrugas. Un paisaje espectacular que apenas disfrutaban otros seres vivos que los buitres que planean sobre el valle en busca de comida.

Siguiendo río arriba, después de pasar más de una vez bajo los viejos puentes del ferrocarril, cuya estructura recuerda los viejos "mecanos" con que jugó toda una generación, la carretera pasa frente a una veterana central eléctrica, cuyo entorno conserva todo el encanto de la arquitectura industrial de las primeras décadas del siglo XX. Junto a ella se encuentra la antigua estación de ferrocarril de Embid de la Ribera, sustituida hace tiempo por un apeadero mucho más cercano al pueblo (está enfrente), ya que esta estación abandonada dista más de siete kilómetros de la localidad y más parece que se hubiera cons-



truido pensando en el personal de la central eléctrica. De hecho, cuando estaba operativa, a los vecinos de Embid les caía más cerca la estación de Paracuellos que la que llevaba su nombre.

Después el valle se ensancha, suaviza sus formas y va perdiendo el misterio que le daban las estrecheces, los recovecos y los paredones de roca. Para echar un buen vistazo al panorama que nos rodea, lo mejor es subir al puercecito que separa la vertiente de Embid de la de Huérmeda. En esta última cuesta, en la cuneta, hay una cruz que evoca a un joven muerto allí en 1969, a la edad de 20 años. Recordaba esa inscripción de una visita anterior y ahora veo que, a pesar del largo tiempo transcurrido, sus familiares todavía lo tienen muy presente porque la cruz que hay ahora es nueva y a sus pies se sujeta un tiesto que no hace mucho ha tenido flores frescas.

Me conmueve tanto este recuerdo, pensar que alguien conserva el cariño y el dolor por una víctima de hace 34 años, que emprendo el camino de regreso encomendándome a los fantasmas de la cuneta. Tal vez no creo en ellos, pero sin duda deben existir en un lugar como éste, un lugar con misterio, un lugar con alma.

El río Jalón en las cercanías de Villanueva, al comienzo del recorrido, y río arriba, cuando rompe las formaciones rocosas en Embid de la Ribera.